

PRESENTACIÓN

Un año más, en torno a la fiesta de San José, celebramos el *Día del Seminario*. La Iglesia en España nos invita a pedir al Señor que nos envíe pastores según el corazón de Cristo Buen Pastor.

En la delicada tarea de promover y formar las vocaciones sacerdotales debe estar implicada toda la comunidad cristiana. No nos podemos contentar con aceptar pasivamente que «los tiempos cambian». Hemos de reforzar nuestra fe y esperanza en la convicción de que Dios sigue llamando y suscitando a personas, capaces de dedicarse al servicio de los hermanos en el sacerdocio. Hoy sigue habiendo jóvenes que se sienten atraídos por la causa de Jesús y animados a entregar su vida por ella. En España son más de 1.300 los seminaristas que se preparan para el ministerio sacerdotal. Cualquiera que sea su número son un regalo de Dios que hemos de valorar y agradecer. La celebración del Día del Seminario nos ha de mover antes que nada a dar gracias a Dios que sigue contando con hombres frágiles para la santificación de su pueblo. Agradecer también el testimonio de tantos sacerdotes que viven con gozo el haber sido escogidos y enviados por la Iglesia como pastores.

Seguimos teniendo necesidad de sacerdotes que reúnan a la Iglesia en nombre de Cristo, la alimenten con su Palabra y los Sacramentos y la envíen a la misión. Proponer hacerse sacerdotes es, por tanto, comprender el lugar esencial de este ministerio en la vida de la Iglesia y la importancia de su misión en el mundo. Es estar convencidos de que la respuesta a la llamada de Cristo y de su Iglesia puede llenar la vida de una persona.

El Día del Seminario es una llamada de atención a la comunidad cristiana sobre su responsabilidad en la pastoral de las vocaciones al ministerio sacerdotal. ¡Ningún cristiano tiene derecho a decir que la llamada sacerdotal no le atañe! Esta jornada puede ser un momento propicio para que cada cristiano tome conciencia de su responsabilidad de llamar.

Benedicto XVI en su discurso a los seminaristas con motivo del encuentro con los jóvenes en Colonia, definía el Seminario como un tiempo de formación, discernimiento y de preparación a la misión. Un tiempo en el que se logre una experiencia personal de Cristo, pues sólo desde ella se puede comprender su voluntad y, por tanto, la propia vocación. Desde esta fuerte experiencia del amor de Cristo se prepara el seminarista para su misión. Esta es fuente de alegría en la vida del sacerdote, pero también motivo de sacrificios, desorientación, dudas... Sólo desde la memoria constante de Cristo y de su amor inefable, podrá mantenerse con frescura en la misión encomendada. La trascendencia de la misión hace que, a pesar de la escasez de vocaciones sacerdotales, se deba tener un cuidadoso discernimiento. El mismo Papa nos repite que «un clero no suficientemente formado, admitido a la ordenación sin el debido discernimiento, difícilmente podrá ofrecer un testimonio adecuado para suscitar en otros el deseo de corresponder con generosidad a la llamada de Cristo» (*Sacramentum Caritatis*, 25).

SI ESCUCHAS HOY SU VOZ

Este año el lema escogido para esta jornada es: *Si escuchas hoy Su voz*, sintonizando con el próximo Sínodo de octubre que versará sobre «La Palabra de Dios en la vida y misión de la Iglesia».

La cultura dominante es la cultura de la no escucha. En ella se impone el ruido y la llamada contaminación acústica, y el olvido del silencio como pérdida de la interioridad. Es urgente recuperar la dimensión del silencio, porque escucha y silencio caminan de la mano. Escuchar es un acto interior y espiritual que implica a toda la persona. Sin interioridad no es posible una escucha adecuada. Por eso, si queremos escuchar de verdad, hemos de empezar por acallar los demás sonidos y voces.

En un mundo que privilegia la imagen y que no está acostumbrado a estar en silencio y a escuchar, es más necesario que nunca organizar una pastoral de la escucha. Este es un aspecto que convendría subrayar en la pastoral juvenil-vocacional.

Crear en las personas con las que trabajamos las condiciones para escuchar, para favorecer el encuentro con Dios, es hoy un reto para nuestra pastoral vocacional. Escuchar, acoger la Palabra no significa sólo prestarle oído atento, sino abrirle el corazón, ponerla en práctica, obedecer. «La fe (vocación) nace de la escucha» (*Rom 10, 17*) y exige una obediencia que es fidelidad a lo que se ha escuchado y acogido.

Que los materiales que ahora ofrecemos (la escucha en la Biblia; la lectio divina sobre la vocación de Samuel y los primeros discípulos; el guión litúrgico; la catequesis de niños y jóvenes; los textos para la reflexión y diversas oraciones) nos sirvan primero a nosotros: catequistas, sacerdotes, educadores... a situarnos en actitud de escucha de las llamadas que nos vienen de las personas que acompañamos y evangelizamos, escucha que hace posible leer y comprender los acontecimientos con la mirada de la fe. Sólo así podremos ayudarles a acoger la llamada de Dios en este mundo que, como en el del profeta Samuel, «la Palabra de Dios es rara y no son frecuentes las visiones» (*1Sm 3, 1*).

Pidamos al Señor que siga regalando sacerdotes a su Iglesia. La oración ha de ser el fundamento de nuestra pastoral vocacional. Ella nos sitúa en el agradecimiento al «Dueño de la mies» y nos mantiene en la fidelidad de seguir echando las redes, a pesar de nuestra indigencia y la precariedad de nuestros métodos y acciones. Que Santa María, Reina de los apóstoles, la Virgen del silencio y de la escucha, ayude a tantos jóvenes que están en búsqueda a acoger y responder con generosidad a la llamada de su Hijo.